

## II. UNA ESTRUCTURA COMPLEJA... A LA QUE LLAMAMOS BAR

Muchos años después, frente a un gin-tonic, habíamos de recordar aquella tarde remota en que apareció en aquel bar el amor, el deseo, la belleza, la desolación, la perdición, la culpa y la alegría. Cosas ellas siempre próximas y que aquel día se juntaron alrededor de su presencia..., de cuyo nombre cada uno nos acordamos a nuestra manera y, de hecho, lo hacemos casi siempre que entramos en cualquier bar.

Este texto es el producto del placer, del amor por los bares y por lo que suponen. Es el resultado de la reflexión y la discusión de los autores, por supuesto realizada en los bares. Nos hemos atendido a lo que nos importa y nos gusta. Lo que aquí figura es lo que nos ha parecido más significativo. Eso implica que hay otros temas que hemos dejado de lado, pero que también tienen importancia.

Este es un trabajo personal, parcial y sesgado. Como somos nosotros. Resultó que hablando de bares en los bares nos lo pasamos bien, nos gustó escribir estas notas sobre ellos. Y pensamos que si a nosotros nos hizo disfrutar tal vez a otros también. De ahí este libro.

Empecemos fuerte. El bar es un dispositivo complejo. Le pedimos, lector, que no abandone este texto después de esta definición. Ya tendrá tiempo de ir a un bar a olvidar –la definición, queremos decir–. Se la oímos a un amigo y nos gustó. Y, aunque no se pueda decir que derrochemos luces filosóficas, hemos podido aprovecharla. Un dispositivo, palabra fetiche del post-modernismo, no es más que un procedimiento. En el terreno que nos ocupa se trata de algo que tiene, de algún modo, la capacidad de capturar, orientar o determinar nuestros gestos, conductas, opiniones y discursos. Eso, entre otras más cosas, es un bar. ¿No es reconocible en esta definición el de la esquina, el de carretera, el de moda, el alternativo o el pijo?

Ya hemos planteado el tema del dispositivo, vayamos ahora al de la complejidad. En los bares suceden todo tipo de situaciones. Provocan efectos sobre los clientes y parroquianos. Y, a su vez, ellos modifican el bar que los acoge. E incluso contribuyen poderosamente a cambiar el medio social y territorial en el que se sitúan. Es el caso de Malasaña, en Madrid, o del Río de la Pila, en Santander. Por eso es un dispositivo y además, complejo. Seguro que el lector ya lo sabía, aunque no fuera dicho así. Se entra en un bar, o se decide montar uno, y nunca se sabe cómo va a acabar la cosa. No se puede predecir qué o con quién se va a encontrar uno o qué cosas ocurrirán. Indeterminación esencial.

Plantear que un bar es un sistema complejo es afirmar que es un lugar imposible de predecir. Cuando se

cruza su puerta se obtiene una experiencia que no es la derivada de la suma de los elementos de los que está hecha, sino que tiene una dimensión propia, emergente, como se dice ahora. Ya que hemos iniciado en estratosféricas alturas teóricas, sigamos adelante. Un bar es más que la adición de esas partes y, al tiempo, es menos. Esta es la base de la lógica compleja, tal y como nosotros la hemos entendido. Hay en él más singularidades de las que percibimos, de las que utilizamos, de las que nos influyen cuando experimentamos un bar, *ese bar*. Esa experiencia emergente se basa en la materialidad del local y surge de la interacción de todos sus elementos. Es una cualidad nueva que no está contenida en esas singularidades, no está en los objetos, la música o las botellas... ni en los clientes. Al igual que la experiencia de conducir no está en los cilindros de un auto. Esa emergencia es una inefable cualidad del bar, que es lo que le hace atractivo o no. Existe, la experimentamos, nos gusta o no, pero no la podemos ver, ni definir ni replicar.

No se puede determinar el éxito o la importancia de un bar partiendo de sus elementos. Distintos locales pueden provocar un mismo efecto y uno cualquiera de ellos puede tener efectos distintos según la época, el día, la hora o los clientes. Y es que, para acabar de completar las dificultades de pensar o estar en uno, o bien para diseñarlo, se produce un efecto de interacción y retroalimentación entre eso que es un bar y eso que son los clientes. En otras palabras:

lo modificamos con nuestra presencia y él nos modifica. No somos los mismos, para bien o para mal, dentro de él que fuera ni antes que después.

Esta interacción no es estable, cambia, evoluciona. Si nos encontramos bien, cada vez nos encontraremos mejor. Y lo contrario: si mal, cada vez peor. Así hasta, exagerando un poco, llegar a una especie de *efecto mariposa*: una mariposa aletea en California y ese hecho acaba por desencadenar un terremoto en Tokio. Atento a las noticias de Japón cuando entre en un bar.

Seamos prácticos antes de precipitarnos en los abismos teóricos a los que algunos compañeros, que han colaborado en este libro, suelen entregarse con fruición. Un bar consiste en un lugar no productivo, cerrado, público, de entrada libre, decorado, basado en el consumo de bebidas –especialmente alcohólicas– que sirven empleados, o en algunos casos, el propietario del local. Está organizado para la acogida de propios y extraños. Aunque las bebidas sean importantes, con frecuencia, de forma consciente o inconsciente, se va a obtener el placer de jugar con las actitudes, el erotismo, el cuerpo y la inteligencia. El *estar*, por un tiempo, es más importante que el *ser*. Hamlet se queda en la puerta. Es cierto que la estancia en un bar también puede acompañarse de otras actividades como la lectura, la escritura o la conversación. Asimismo, puede dar cobertura a utilidades colaterales, siendo ligar una de las más importantes. Todas estas y alguna más am-

plifican la importancia de este dispositivo. De hecho, es frecuente que el bar sea una institución que acoja actividades culturales como la presentación de libros, *performances*, conferencias, exposiciones, como es el caso de *El Riojano*, de Santander, precisamente coeditor de este libro.

Una de las desgracias de los monoteísmos fue la interrupción del goce pagano y perverso: placeres, orgías, alcohol, alucinógenos, desinhibiciones, imágenes, historias..., haciéndolo, además, de una forma violenta y/o culpabilizadora. Un bar es un resto que ha sobrevivido de aquella debacle, una especie de reducto arqueológico de otras épocas, casi, por así decir, un patrimonio de la humanidad. Y este resto tiene, por ello, por oculto y excluido que esté, una parte de pecado, de peligro, de real en ese sentido tremendo que tiene este término: aquello que puede destruirnos y que se resiste a ser cultural y simbólico..., que no se puede domesticar. De ahí que la Iglesia o las madres hayan desconfiado siempre de que sus hijos, y sobre todo sus hijas, estuvieran en los bares.

Un café es diferente. Es más conservador y seguro. Es una prolongación de la casa. Por eso las mujeres entraron antes en los cafés que en los bares. Eran menos sospechosos. También son más políticos. En los cafés se hacía política; de salón, pero se hacía. Lo cual los hace muy interesantes, pero los inclina peligrosamente hacia el trabajo y la seriedad..., alejándose del ocio y el placer. Y de eso no es de lo que se trata.